

GERARDO ZENTENO

ICONÓGRAFO

Esta muestra de iconografía ha sido realizada por el iconógrafo nacional, Gerardo Zenteno S., quien se ha dedicado a esta forma de arte durante casi tres décadas.

Gerardo Zenteno nació en Santiago, el 19 de Agosto de 1958. Desde muy joven, reconoció en sí mismo una vocación innegable por el arte y la búsqueda de la belleza. Desde temprana edad, estudió arte con destacados maestros, entre los cuales cuentan Eugenio Dittborn, Pascual Menese, Pedro Luchavechi y el gran maestro Pascual Gambino. Realizó además estudios de diseño en la Pontificia Universidad Católica de Chile, y de arte en la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Durante dichos estudios, recibió diversos reconocimientos y numerosas medallas de oro.

En 1978, su camino artístico tomó un giro particular y definitivo: fue comisionado, junto al desaparecido maestro Alfredo Torti, para pintar el ícono de la Santísima Virgen María en el altar de la Iglesia Ortodoxa del mismo nombre, parroquia del Patriarcado de Antioquía, en la comuna de Providencia, recientemente fundada en aquel entonces. La ejecución de esta obra fue decisiva para el joven pintor, pues una vez que descubrió la iconografía ortodoxa bizantina, se dedicó por completo a ella. En sus inicios en la iconografía, fue acogido por esta comunidad, en particular por uno de sus fundadores y actual presidente, Sr. Gabriel Salvador, quien lo animó a adentrarse en este arte espiritual. Zenteno fue encargado de plasmar varios otros íconos para la parroquia, y hoy la iconografía del santuario es completamente obra suya.

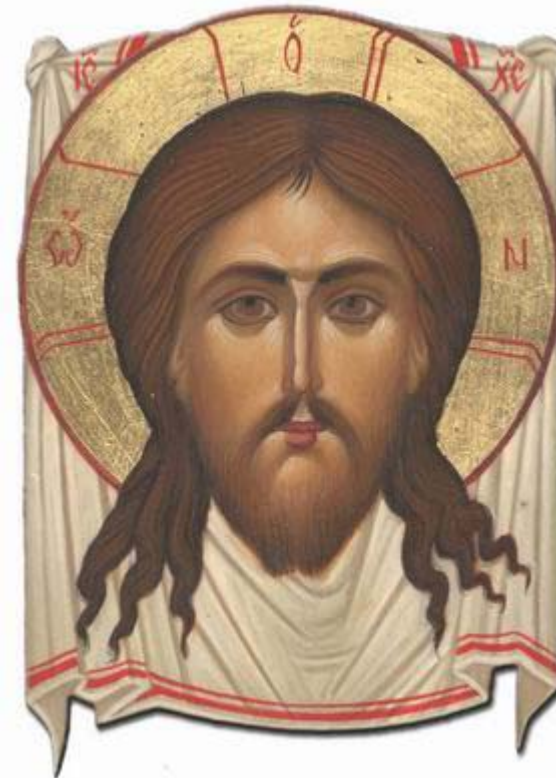
Su Eminencia Monseñor Sergio Abad, Arzobispo Metropolitano de la Arquidiócesis Ortodoxa de Chile (Patriarcado de Antioquía), luego de su llegada a nuestro país, reconoció en este artista su valor como iconógrafo, confiándole la ejecución de todos los íconos de la Catedral Ortodoxa San Jorge, en la comuna de Recoleta, una obra de más de 30 imágenes. Hoy Gerardo Zenteno es reconocido nacional e internacionalmente por su destacada labor en esta milenaria tradición de la Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa.

Actualmente, sus horas de trabajo son repartidas entre la pintura de íconos murales e individuales, las clases en su estudio particular y el taller de iconografía en la Parroquia Ortodoxa de la Santísima Virgen María.

En Chile, algunas de sus obras se encuentran en diversos templos Ortodoxos del país, como los ya mencionados, y también en la Parroquia de San Nicolás en el barrio Bellavista, y la Parroquia San Jorge en Rancagua, así como en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Actualmente Zenteno está pintando una capilla de la Casa de Formación de los Misioneros de San Francisco de Sales, en Santiago.

Además de sus obras que permanecen en Chile, existen varias de ellas presentes en el extranjero: en el Patriarcado de Antioquía (Damasco, Siria), en Homs (Siria), en el Seminario Ortodoxo de Balamand en el Líbano, en la Arquidiócesis Ortodoxa de los Estados Unidos (Nueva Jersey), en el Seminario Ortodoxo de San Vladimir (Nueva York), en la Universidad de Notre Dame (EEUU), en Coachella, California, así como en Argentina, Brasil, México, Venezuela y otros lugares del exterior.

Zenteno se ha consagrado enteramente a la iconografía, considerándola la labor fundamental de su vida, una misión artística y eclesial de expresar en líneas y colores la verdad del mensaje evangélico con el talento que el Divino Maestro le ha favorecido.



IKONOS
...UNA MIRADA A LO CELESTIAL



Iglesia
Ortodoxa de
la Santísima
Virgen María



extensión UC

LA ICONOGRAFÍA BIZANTINA

La iconografía bizantina, de acuerdo a la tradición cristiana ortodoxa desarrollada primeramente en el oriente, es la forma de arte que se ha usado en el cristianismo desde la antigüedad y que se ha conservada hasta el día de hoy, en la Iglesia Ortodoxa, como expresión de su fe. Los muros y bóvedas de los templos, así como las casas de los fieles, son portadores de este arte que anuncia en líneas y colores, la verdad eterna revelada en el Evangelio: la Encarnación del Hijo de Dios, para la salvación de la humanidad y del cosmos entero.

Así podemos entender que el ícono no es arte decorativo. Su fin no es de decorar el salón de una casa ni simplemente el de embellecer algún templo. Es en cambio, revelar y proclamar la Palabra de Dios, Su Verdad Divina; ser medio de comunión del creyente para con Dios. El ícono es una unidad artística, espiritual y litúrgica, que no puede ser separada de la fe, oración y vida de la iglesia. Anuncia el Reino aquí y ahora, y lo hace presente. Testigo de la Encarnación, el ícono es pintado conforme a las normas iconográficas de tradición milenaria, remontadas a la época apostólica.

El arte iconográfica conlleva el anhelo de que el cosmos entero sea santificado y transfigurado, tanto lo material como lo espiritual; con la convicción de que todo lo creado es bueno; y que todo puede ser portador de gracia y motor de la transfiguración del entorno. Cristo, al tomar materia, al asumir cuerpo humano, santifica y transfigura toda materia. Su doctrina se relaciona con la creencia de que toda la creación de Dios, tanto lo material como lo espiritual, ha de ser redimida y glorificada.

Existen dos importantes tradiciones referentes al comienzo de la iconografía que se remontan a la era de los apóstoles: la del ícono “no hecho por manos humanas,” (una imagen del rostro del Señor Jesucristo) y “la que muestra el camino” (una imagen de la Madre de Dios con Jesucristo en brazos) atribuido a la mano del Evangelista San Lucas. Estos dos íconos prototípicos, dan testimonio de la Encarnación del Hijo de Dios, en la persona de Jesucristo, y así mismo de la deificación de la humanidad en la persona de la Madre de Dios.

Teológicamente, el ícono como tal se fundamenta en primer lugar en la Encarnación del Hijo de Dios. El Dios invisible se hizo visible y habitó entre nosotros. En palabras de los Santos Padres, “Dios se hizo hombre para que el hombre se haga dios.” La Iglesia anuncia, mediante su arte iconográfico, la verdad eterna y divina, de que Dios se hizo hombre y habitó entre nosotros, para nuestra salvación. En un lenguaje que equivale a la predicación evangélica, el ícono es portador de gracia y además, confesión de fe. Tal como la palabra escrita puede revelar a Dios, así también la palabra plasmada en líneas y colores lo puede hacer. San Basilio Mago, del Siglo IV, dijo “Lo que la palabra comunica por sonido, lo hace el ícono en silencio.”

El ícono también da testimonio del fruto de la Encarnación, que es la deificación del ser humano, la experiencia de los santos. Estas dos ideas se afirman incluso en la oración de la bendición de un ícono. “Señor Dios, Tú has creado al hombre a tu imagen, mas la caída la ha empañado, pero por la Encarnación de Tu Cristo hecho hombre, la has restaurado y así has reestablecido a tus santos a su primera dignidad. Venerándolos, veneramos tu imagen y semejanza, y, a través de ellos, Te glorificamos como su Arquetipo”. La Iglesia afirma dogmáticamente la verdad del ícono en función de la

Encarnación, y el ícono a su vez es condicionado por la creación del ser humano a la imagen y semejanza de Dios.

El ícono no busca hacer una representación física de la persona pintada en él. No es un retrato, sino que quiere mostrar la vida transfigurada de la persona, su vida como ha llegado a ser iluminada por Dios, con la luz del Tabor, la luz de la Transfiguración de Cristo.

Es importante recordar que la veneración que se da al ícono está dirigida al prototipo representado en él. San Juan Damasceno dijo: “No adoro la materia, adoro al Creador de la materia, quien se hizo materia por mi causa, que quiso tener su morada en la materia y que a través de la materia forjó mi salvación.”

El ícono, lenguaje artístico de la Iglesia, participa en la vocación del ser humano: santificar y transfigurar el mundo, y transformar todo en un medio de comunión eterna con Dios su Creador.

El siguiente himno tomado de la Liturgia del Domingo de la Ortodoxia, expresa elocuentemente el significado del ícono:

El Verbo indescriptible del Padre

Se hizo descriptible por

Su Encarnación de ti,

Oh Madre de Dios,

Restaurando nuestra imagen caída

A su primitiva belleza,

Uniéndola a la Belleza Divina.

Por eso confesamos la salvación,

Predicándola en palabra e imagen.